



Los padres de ambos jóvenes, enterados del proyecto de estos respecto á la india, lejos de oponerse á su realizacion, aplaudieron tan ingeniosa idea, y en cuanto á don Francisco, á quien la magnífica hermosura de la india habia producido una impresion profunda, sentia un innoble gozo cuando pensaba que la desgraciada jóven iba á encontrarse por completo bajo su dominio.

Una tarde, hallándose Blanca paseando entre los cuadros de flores del jardin, don Gonzalo se aproximó á ella, y con toda la galantería de que era capaz, la dijo:

—¿Cuándo quereis, mi querida Blanca, que venga Cora á ponerse á vuestras órdenes?

—Hoy mismo si es posible, respondió la jóven dirigiendo á su amante una hechicera sonrisa: tengo ya vivísimos deseos de verla á mi lado.....

—Pues hoy mismo, como quereis, dijo don Gonzalo, vereis satisfechos vuestros deseos.

Diciendo esto, el jóven colono hizo á su futura un cariñoso ademán de despedida, y se alejó dirigiéndose en busca de su caballo.

Poco después galopaba en direccion al bosque.

Cora de esperaba ya en el claro, y cuando el jóven echó pié á tierra, la hermosa india se arrojó ebria de amor entre sus brazos.

—Cora, le dijo el cazador, yo no puedo vivir sin ver la hermosa luz de tus ojos; te amo mas que á mi vida y estoy resuelto á que seas mía, á que no te separes ni un solo momento de mi lado: quiero llevarte hoy mismo á mi granja.

—La vírgen de los bosques, respondió con acento apasionado la niña, cree en el amor del hombre blanco y está dispuesta á seguirle á todas partes.

Don Gonzalo estrechó sobre su pecho la hermosa cabeza de la india, que dijo sonriendo de un modo inefable.

—Llévame, jóven blanco, llévame al nido de nuestros amores!

El español cogió en sus brazos á la bella india, la levantó ligeramente y la puso sobre el caballo; cabalgó en seguida, sostuvo á Cora rodeando su esbelta cintura, y se dirigió á la entrada del sendero.

—¡Adios, toldería de los avipones! exclamó conmovida la hermosa niña; ¡adios, flores de la selva, cantos de las aves, murmullos de las fuentes! ¡La vírgen de los bosques no vive mas que para su amor!

Y reclinando su cabeza sobre el pecho de don Gonzalo, añadió:

—¡Oh, cazador blanco! ¡La vírgen de los bosques solo vive para tí!

Don Gonzalo sintió en el fondo de su corazón una especie de remordimiento; la voz de su conciencia murmuró en su interior que lo que estaba haciendo era una infamia horrible, una villanía incalificable; pero el jóven, para quien los deseos de Blanca eran superiores á todo, dominó sus escrúpulos, y aplicando las punzantes espuelas á los flancos de su caballo, se dirigió rápidamente á la llanura.

Atravesó como un vendabal las tierras de pasto, con no poca extrañeza de los gauchos, asombrados al ver una india entre los brazos de su amo, y tras media hora de carrera detuvo su fatigado corcel ante la puerta de la granja.

Arrojó las riendas á un esclavo, descabalgó, puso en el

suelo á Cora, y asiéndola de una mano, entró con ella en el espacioso zaguan.

—¿Dónde está tu señora? preguntó á una criada que encontró al paso.

—En el cenador del jardín, respondió la mestiza.

El jóven se dirigió con Cora á un bello cenador cubierto de enredaderas, donde encontró á su prometida, que lanzó una exclamacion de alegría al ver á la hermosa india.

—No os esperaba tan pronto, exclamó dirigiendo á don Gonzalo una mirada que encerraba cien promesas.

—Esto os probará, respondió galantemente el jóven, cuanto es mi afan por satisfacer vuestros deseos.

X volviéndose á Cora, anadió señalando á Blanca:

—Hé aquí tu señora: desde hoy solo á ella perteneces; sírvela bien si no quieres que el látigo del capataz haga conocimiento con tus espaldas.

Cora, sorprendida por estas palabras, dió un paso atrás y fijó en don Gonzalo una mirada indefinible.

—Yo no soy esclava, cazador blanco, dijo con acento sombrío, te he seguido creyendo en tus palabras de amor, y no tienes derecho para robarme la libertad. Si no me amas dí una palabra, y la vírgen de los bosques volverá á la toldería de sus hermanos.....

—Olvida esa locura, niña, dijo con acento duro don Gonzalo, sentándose al lado de Blanca; yo no puedo amar á una mujer de tu raza, y la esclavitud es demasiado blanda para castigar semejante presuncion. No olvides que desde este momento no te perteneces, y que tu deber es servir fielmente los deseos de tu señora.

La hermosa india se mordió los labios hasta hacer saltar la sangre, y conteniendo el llanto, que pugnaba por brotar de sus ojos, dijo roncamente:

—Has mentido, cazador blanco; has mentido como un traidor, como un falso, y tu engaño ha matado el amor de Cora; la vírgen de los bosques te desprecia y te esupe al rostro.

Y separando su mirada de don Gonzalo con una expresion de soberano desden, se volvió á Blanca, se arrojó á sus piés y dijo con un acento lleno de dulce tristeza:

—Tú eres buena, jóven pálida, y protegerás á la pobre india; Cora te pertenece y te servirá de rodillas.

—Sí, te protegeré con tal que olvides ese amor que te ha traído á la esclavitud, respondió sonriendo Blanca; ese amor es una locura que seria imperdonable si no te abonase tu ignorancia.

—¡Oh! No le amo ya, respondió Cora; ninguna mujer de mi raza puede amar á quien le roba la libertad y la dicha. Pero guárdate si le amas tú, jóven pálida, porque es falso como la serpiente, traidor como el yacaré, y te engañará.

—¡Vive Dios!..... exclamó con ira don Gonzalo levantando la mano sobre Cora, que permaneció inmóvil, mirándole con expresion desdeñosa.

—Teneos, don Gonzalo, exclamó Blanca protegiendo con su mano á la india; esa accion es indigna de vos, y despues de todo, lo que esta desgraciada dice nada tiene de sorprendente para quien conoce el engaño de que ha sido víctima.

Don Gonzalo no replicó.

Blanca hizo levantar á Cora, y abandonando su asiento, la dijo:

—Ven conmigo, niña.

Y salió del cenador, siguiéndole la india sin dedicar á Gonzalo una sola mirada.

LIBRERIA ALFONSSINA  
VIA DE SAN VICENTE  
MISERICORDIA

Blanca hizo levantar á Cora, y abandonando su asiento, la dijo: —Ven conmigo, niña. Y salió del cenador, siguiéndole la india sin dedicar á Gonzalo una sola mirada.

CAPITULO IX.

LA SUPERFICIE Y EL FONDO.

Los hermosos y dorados rayos del sol iluminaban de una luz

Corá, bajo la dirección de la antigua doncella de Blanca, aprendió rápidamente los deberes que tenía que cumplir respecto de su señora.

La hermosa india parecía resignada con su suerte, y en ciertos momentos, al ver la expresión alegre y risueña de su semblante, podía creerse que se consideraba feliz con haber abandonado su salvaje existencia.

Mostrábase con Blanca fiel, sumisa y cariñosa hasta el punto de ganar por completo su confianza, y aunque muchas veces presenciaba las amantes entrevistas de don Gonzalo con su ama, nunca asomó á su semblante la menor señal que pudiera indicar la existencia de los celos.

Aunque reducida á la condición de esclava, en su calidad de doncella favorita de Blanca, era tratada con ciertas con-

sideraciones; habitaba un pequeño y alegre cuartito contiguo á las habitaciones de su señora, su túnica era de algodón fino, y llevaba en el cuello y las orejas un collar y unos pendientes de corales que le habia regalado su ama.

A pesar de la dureza de su corazón, Blanca habia llegado á tomar algun cariño á Cora, y preciso es confesar que, por lo menos en la apariencia, la pobre niña pagaba con usura el afecto de su señora.

¿Debemos creer, sin embargo, que estos eran los verdaderos sentimientos de la hermosa india?

¿Podemos asegurar que bajo aquella máscara de tranquilidad y alegría no se ocultaban deseos de una venganza terrible?

Penetren nuestros lectores en el tocador de Blanca, y tal vez allí encuentren contestacion á estas interrogaciones.

Los hermosos y dorados rayos del sol llenaban de una luz clara, diáfana el precioso aposento que servia de tocador á la española, en el cual habia reunido don Gonzalo todo lo que puede satisfacer el gusto exigente de una mujer vanidosa.

Blanca acababa de salir del lecho, y envuelta en una larga túnica de seda blanca, estaba sentada ante un espejo colosal, colocado sobre una mesita de ébano cargada con diversos objetos de tocador.

Cora, con una destreza y una paciencia admirables, deshacia las largas y gruesas trenzas de la altiva castellana, cuyos brillantes cabellos quedaron al fin tendidos por su espalda como un manto de azulados tornasoles.

—¡Qué hermosa sois, señoral exclamó Cora acariciando con una mano los largos cabellos de su ama y fijando en su

imágen, que reproducia el espejo, una mirada de admiracion instintiva.

—¿De veras te parezco hermosa? preguntó la altiva castellana dirigiendo á su esclava una dulce sonrisa.

—¡Oh! sí, señora; brillais como el sol en el cielo, y puede decirse que brotan las flores donde se posan vuestras miradas.

—Eso es muy bonito, Cora, pero no es verdad, replicó sonriendo orgullosamente Blanca; veo que te vas haciendo adulatora, y ese es un defecto que no me gusta. Tú eres tan hermosa como yo, ó tal vez mas, aunque tu belleza es de otro género: estoy segura de que en la toldería de tus hermanos indios no habia otra doncella que pudiera ponerse á tu lado.

Cora no respondió y empezó á peinar á su señora.

—Arréglame el cabello de la misma manera que me lo pusiste ayer, dijo Blanca: es un peinado muy bonito, que gusta mucho á don Gonzalo.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de Cora; pero afortunadamente, Blanca no reparó en ello.

—Y ahora que nombro á don Gonzalo, añadió riendo la dama, ¿has olvidado ya por completo tu desventurado amor?

—¡Oh, señoral exclamó con acento triste la niña; ¿cómo queréis que ame á quien, valiéndose de un engaño, me hizo perder la libertad?

—Eso quiere decir que no te encuentras bien á mi lado y que eras mas feliz bajo la choza salvaje de tus padres, repuso con un leve acento de reconvenccion Blanca.

—No creais eso, señora; no he recibido de vos mas que beneficios, y aunque no me creais, os juro que por mi gusto nunca me separaria de vos.

—¡Bah! No eres franca, Cora; si no echas de ménos la libertad que has perdido, ¿por qué, entónces, te quejas de don Gonzalo?

—Yo no me quejo, señora; tan solo siento su falsedad, y os aseguro que no la siento por mí, sino por él y por vos.

—No te comprendo.

—¡Ay señora! ¡El que engañó á una india, bien puede engañar á una mujer de piel blanca!

—¡Cuidado, Cora, cuidado con la lengua! exclamó severamente la castellana; olvidas que don Gonzalo es tu amo, es mi prometido, y ese olvido puede hacer que el látigo del capataz te cruce las espaldas; no des lugar á que te se someta á un castigo doloroso.

Cora se mordió los labios y no replicó.

Acabó de peinar á su señora, adornó sus cabellos con una flor que aun conservaba en sus pétalos las lágrimas del rocío, y por fin la vistió una holgada túnica de seda.

Cuando terminó el atavío, Blanca se levantó del sillón, despues de contemplarse en el espejo con la expresion de la vanidad satisfecha, y salió del tocador.

Apenas desapareció la dama, el rostro de Cora; antes tan tranquilo, experimentó un cambio notable.

Sus labios se contrajeron, sus ojos lanzaron relámpagos sombríos, y en su hermoso semblante apareció una terrible expresion de venganza.

—¡El látigo, maldita castellana, el látigo! murmuró sordamente; ¡sí, tú látigo marcará la espaldas de la esclava india, pero te juro que has de pagar muy caro el vil engaño de tu infame amante!

Cora arregló sobre la mesilla los diversos objetos del toca-

dor, y cumplido este deber, salió del aposento, dirigiéndose á su pequeño cuartito.

Tenia este una gran ventana desde la cual se veian el rio y una gran parte de la selva, y á ella se asomó la jóven india.

Recorrió desde allí con una mirada los anchos horizontes que se tendian ante sus ojos, y fijándolos luego en el rio con una expresion en que brillaban mezclados un dolor espantoso y una alegría siniestra, murmuró á media voz:

—¡Juro por el Dios de mis padres, por la libertad que he perdido, por mi amor y mi desdicha, que la sangre de mis verdugos, derramada por mi venganza, ha de poner rojas las aguas de este rio!

—¿Por qué? —  
 —Porque he estado pensando en lo que me ha pasado...  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.

CAPITULO X.

—¿Qué es lo que te pasa?  
 —Nada, nada, solo estoy pensando en lo que me ha pasado.  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.

EL CASTIGO.

—¿Qué es lo que te pasa?  
 —Nada, nada, solo estoy pensando en lo que me ha pasado.  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.

Después del almuerzo, Blanca y don Gonzalo se reunieron en el cenador del jardín.

Faltaban muy pocos días para que se realizase su matrimonio, y los dos jóvenes tenían que hablar de esas mil pequeñeces que constituyen, por regla general, el lenguaje de los enamorados.

Después de una larga hora de conversacion, de castillos en el aire, de proyectos para el porvenir, don Gonzalo dijo sonriendo:

—Observo, mi querida Blanca, que desde ayer os peinais de una manera bellísima y que os favorece en alto grado.

—Es un capricho de Cora, respondió la joven; esa muchacha tiene un gusto exquisito... pero ahora que hablamos de ella, tengo que daros una noticia.

—¿Agradable? preguntó don Gonzalo.

—¿Agradable? preguntó don Gonzalo.  
 —No, no es lo más agradable, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.

—¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.

—¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.  
 —¿Y no es lo más humano que se le ocurra a una mujer?  
 —No, no es lo más humano, pero sí lo más natural.  
 —¿Y no es lo más natural que se le ocurra a un hombre?  
 —No, no es lo más natural, pero sí lo más humano.

BIBLIOTECA ALFONSO X  
 V. V. A. A.  
 V. V. A. A.

—No mucho; se reduce pura y simplemente á decirnos que mi buena india, á pesar del cariño con que la trato, y sin embargo del que ella me demuestra, no os ha perdonado el engaño de que la hicisteis víctima.

—¡Hola! exclamó sonriendo el jóven.

—Y no es lo malo que no os perdona, añadió Blanca, sino que, aun en presencia mia, se permite respecto de vos frases que nada tienen de laudatorias.

—Per ejemplo.....

—Falso, traidor, embustero.....

—¡Bahl! ¡Eso es cosa de poca importancia!

—Es que no se detiene ahí.

—¡Holal

—Sino que llega hasta el punto de advertirme que el que ha engañado á una mujer bien puede engañar á otra.

—¡Ah, diablo! exclamó don Gonzalo; esa no se la perdono; la dispensaría que me aplicase cuantos dictados la sugiriese su cólera, por ofensivos que fueran; pero no seré tan tolerante que la permita abusar de vuestra confianza hasta el extremo de atreverse á daros consejos que bien pudieran perjudicarme. Y con vos, mi querida Blanca, ¿cómo se porta?

—De la mejor manera posible, y á creer en las apariencias y en lo que ella me dice, puedo asegurar que es feliz á mi lado.

—¡Hum! no os fieis mucho de ella, mi adorada Blanca; los indios son mas falsos que el alma de Júdas.

—Sin embargo.....

—Por de pronto, bueno será aplicarla un correctivo, á fin de que en adelante contenga un poco la lengua. Si se portase mal con vos; haría que la tratasen duramente; pero no siendo así, el castigo que le impondré será una cosa muy ligera.

—¡Oh! ¡Pensais acaso!.....

—Es necesario, querida mia, y os ruego que no os opongais, porque me veria en el caso de desairaros. No conocéis á esas gentes, y no sabéis, por consecuencia cómo se las debe tratar para hacer carrera de ellas.

Blanca no replicó, pero hizo un gestecillo de disgusto.

Don Gonzalo hizo que su esclavo llamase á Cora, y algunos momentos despues, la hermosa india se encontraba en presencia de sus señores.

Apenas fijó sus ojos en el rostro de don Gonzalo, adivinó por su expresion el asunto para que era llamada, y una sonrisa casi imperceptible plegó levemente sus rojos lábios.

—Cora, la dijo el jóven, tengo entendido que, abusando de la confianza de tu señora y como si no conocieras el cariño y las consideraciones con que te se trata, á diferencia de los demas esclavos, te permites palabras ofensivas para mí.

—Es verdad, respondió á media voz Cora.

—Eso está mal hecho, continuó don Gonzalo, y si no te enmiendas, me pondrás en el caso de mandar que te apliquen unos cuantos latigazos.

—Podeis mandarlo, respondió tranquilamente Cora; el castigo no podrá hacer que lo que he dicho deje de ser verdad.

Don Gonzalo hizo un movimiento de cólera.

—No seas terca, Cora, dijo Blanca; olvida lo que pasó, refrena tu lengua, continúa sirviéndome con fidelidad, y evitarás castigos dolorosos.

La hermosa india se arrodilló á los piés de Blanca, cogió una de sus manos y la besó.

—Por vos, señora, dijo, daría mi vida, porque habeis sido buena y cariñosa para vuestra pobre esclava; pero á él, que

se burló de mi amor, que me engañó, que me robó la libertad, que ha sido traidor y villano..... á él le desprecio y le escupo al rostro.

—¡Cuidado, Cora, cuidado! exclamó severamente Blanca; el hombre de quien hablas es el prometido de tu señora.

—¡Ayl replicó con acento triste la india fijando en el rostro de su ama una mirada compasiva; ¡la paloma se pone en las garras del gavilán! ¡la débil corza se abandona á los dientes del jaguar!..... Creeme, señora, creeme y huye de él, que es traidor y villano, y te engañará como á mí me engañó.

—Me pones, Cora, en la precision de dejar que te castiguen, repuso Blanca; no has hecho caso de mis reprobaciones y tendrás que hacerlo de los golpes.

La india movió la cabeza sonriendo dolorosamente.

—No, replicó; aunque me castiguen, aunque me maten á latigazos, la lengua de Cora no callará y seguirá llamándole traidor y falso.

—Allá veremos, exclamó levantándose con cólera don Gonzalo; no hay fortaleza que no ceda bajo un buen látigo de cuero.

Y desde la entrada del cenador lanzó un ligero silbido, que hizo acudir á un esclavo negro.

—Un látigo, dijo don Gonzalo.

El negro fué á buscarlo, y el amante de Blanca volvió á sentarse al lado de su prometida.

Cora continuaba arrodillada al lado de su señora y la miraba sonriendo con dulzura.

—¿No me concedéis el perdón de esta infeliz? preguntó Blanca dirigiéndose á don Gonzalo.

—Dispensadme si no accedo á vuestros deseos, respondió

el jóven colono; es necesario hacer un escarmiento, para que esta miserable criatura se convenza al fin de que no es más que una esclava.

—Déjale, señora, repuso Cora; déjale y no le pidas compasión; es traidor como la serpiente, cruel como el jaguar, y nada alcanzarás de él; tanto valdría pedir al caiman que dejase la víctima que tuviera entre sus dientes.

En aquel instante volvió el esclavo con un fuerte látigo de cuero retorcido, que presentó á don Gonzalo por el puño.

El jóven colono lo rechazó, y señalando á Cora, dijo al negro:

—Veinticinco.

Con una calma suprema, la hermosa india desprendió de los hombros su blanca túnica, dejando descubierta su espalda, y se inclinó para recibir los golpes.

—¡Pobre Cora! exclamó con acento compasivo Blanca.

La india envió á su señora una sonrisa de gratitud.

—Vamos, dijo don Gonzalo.

El negro levantó el brazo armado con el látigo y descargó un golpe.

Una línea amoratada cruzó la espalda de la niña.

Y con una lentitud cruel, dejando entre ellos intervalos iguales, el negro continuó descargando latigazos hasta llegar á veinticinco.

Cora permanecía inmóvil, sufriendo los golpes con tanta serenidad como si sus carnes fuesen de mármol: cerró los ojos, pero ni se escapó de sus labios un gemido ni se contrajo un músculo de su rostro.

Blanca la miraba fijamente, y á cada latigazo que descargaba el negro ejecutor, una sonrisa de gozo innoble, de

crueldad refinada, plegaba los rojos labios de la altiva castellana.

Don Gonzalo permanecía impassible.

Cuando el negro contó veinticinco golpes, Cora abrió los ojos, miró con una expresión indefinible á don Gonzalo, y cubrió con la túnica sus espaldas, en las que el látigo había impreso señales indelebiles.

Luego se acercó á Blanca, la besó la mano, dirigió á don Gonzalo una sonrisa en la que se leía el desprecio mas soberano, y salió lentamente del cenador.

Mordiéndose los labios para contener los gemidos que el dolor pugnaba por arrancarla, atravesó los jardines, entró en la casa y se dirigió á su habitacion.

Una vez en ella, alzó al cielo sus brazos con una expresión desgarradora, y con acento desesperado exclamó:

—¡Venganza! ¡Venganza!.....

Luego se dejó caer sobre su lecho, ocultó su rostro entre las manos y rompió á llorar.

BIBLIOTECA  
 V. A. V. A.  
 CAPITULO XI

## CAPITULO XI.

### LA TOLDERIA.

Dos dias despues, á esa hora en que los últimos rayos del sol enrojecen con su postrera luz las lejanas brumas del horizonte, una partida de indios avipones, compuesta de cuatro ginetes montados en magníficos caballos, caminaban lentamente por la orilla del rio Bermejo, dirigiéndose á una toldería cercana.

Los cuatro indios eran jóvenes y de soberbio aspecto, altos, musculosos, bien formados, mostraban á primera vista todas las señales de la fuerza y la agilidad.

Su traje se reducía á un pedazo de tela de algodón atado alrededor de sus caderas, y segun la costumbre de su pueblo, que en esto se diferencía de todos los demas pueblos salvajes, no mostraban en su cuerpo pintura ni grabado alguno. Carecian de barba, de pestañas y de cejas, y llevaban la

cabeza afeitada, exceptuando un mechón de largos cabellos que flotaba sobre la coronilla.

Los caballos eran magníficos animales, cuya resistencia y velocidad se apreciaban con solo mirar sus piernas delgadas como varas de acero y la anchura de su pecho. No llevaban aparejo alguno, y su brida se reducía á una fuerte correa atada al asiento de la boca.

Los cuatro indios llevaban las armas de caza usadas por los indígenas del Gran Charco, las bolas, el arco y las flechas, y cada uno mostraba sobre el caballo el producto de su caza, algunas aves ribereñas, dos pequeñas corzas, un pecarí y un magnífico *nandou*, que habia sido forzado á la carrera.

Acababan de salir de la selva, y se dirigian, como hemos dicho, á su *toldería*, siguiendo la márgen del río, cuando un extraño grito que resonó detras de ellos les hizo volver rápidamente la cabeza.

Vieron entonces una mujer que se acercaba corriendo, y como su traje y su color denotaba que pertenecía á su misma tribu, la esperaron sin temor alguno.

De pronto, uno de los indios arrojó un grito de sorpresa y de alegría, y saliendo á escape al encuentro de la que llegaba, exclamó en lengua indígena:

—¡Coral!

—¡Guaco, hermano mío!..... respondió jadeando la hermosa niña.

El indio descabalgó de un salto, se acercó corriendo á su hermana y la abrazó cariñosamente.

Si hay algun lector á quien esto parezca extraño, debemos advertirle que entre los indios del Gran Charco, como entre otros pueblos salvajes, los lazos de familia son tan estrechos y dulces como en las sociedades civilizadas.

—¿Qué ha sido de tí? preguntó Guaco á su hermana despues de las primeras caricias; ¿cómo has estado tanto tiempo sin volver á la *toldería*?

Los blancos, respondió con doloroso acento la niña; los blancos me robaron, me llevaron á una plantacion, me hicieron esclava.....

—¡Esclava! rugió Guaco, cuyo salvaje espíritu de independencia se sublevó al escuchar esta palabra.

—Sí, y mira, hermano mío, mira cómo me han tratado, mira cómo han puesto á la vírgen de los bosques.

Diciendo esto, la hermosa niña dejó caer la parte superior de su túnica, y mostró su espalda cruelmente lacerada y sureada de azulados cardenales.

Un relámpago de furor brilló en los ojos del indio, que rugió como un jaguar al ver el lamentable estado de su hermana.

—¡Ah! ¡Infames! ¡Verdugos! murmuraba roncamente.

Los tres compañeros, que habian reconocido á Cora, se habian acercado, y Guaco, con un ademán que revelaba la cólera que hervia en su pecho, les indicó las amoratadas espaldas de la niña.

—¡Mirad, dijo, mirad lo que han hecho los blancos!

—¡Venganza! ¡Venganza! exclamaron los tres cazadores, en cuyos morenos rostros se pintaba claramente la indignacion.

—¡Venganza, sí! rugió Guaco; venganza contra los crueles blancos!

Y saltando sobre su caballo, asió á su hermana por los hombros, la colocó delante de sí, sosteniéndola con sus bra-

zos, y seguido de sus tres compañeros, se dirigió á galope á la toldería.

No tardaron en descubrirla, situada en un recodo del río, medio oculta entre pequeños bosquecillos y rodeada de algunos campos de maíz y yuca.

Compañanla unas trescientas chozas de ramaje y esteras de palmas, construidas con bastante arte, en medio de las cuales se veían hombres, mujeres y niños, revueltos con pequeños perros, caballos y otros animales domésticos.

Los cazadores se acercaron á galope, y cuando penetraron en la toldería, un salvaje grito de júbilo saludó á la pobre Cora.

Una anciana de blancos cabellos se abrió paso hasta los cazadores, y tendiendo sus brazos á la hermosa niña, exclamó:

—¡Hija mial

Cora se tiró del caballo, y lanzando un grito de júbilo, se arrojó en los brazos de su madre, cuyas lágrimas regaron sus negros cabellos.

Después de los primeros trasportes de alegría, Guace y la anciana condujeron á Cora á su cabaña, y la hermosa niña mostró á su madre el doloroso espectáculo de sus espaldas laceradas.

Los guerreros de la toldería, bajo la presidencia de su jefe, que era el mas anciano de la tribu, se reunieron en la plazoleta que habia en el centro de la aldea, y Cora se presentó ante ellos acompañada de su madre y de su hermano.

—Guerreros avipones, exclamó con voz firme la niña, una

doncella de vuestra tribu ha sido cruelmente insultada por los hombres blancos. Sorprendida en la selva, llevada á una plantación, reducida á la esclavitud, castigada con una ferocidad inaudita, sus carnes conservan todavía las huellas del látigo de los blancos, y estas rojas señales os piden, guerreros avipones, venganza contra los traidores.

Diciendo esto, Cora dejó caer su túnica y mostró á la asamblea su espalda cruelmente lacerada.

Un grito de cólera y de indignación resonó en los ámbitos de la plazoleta.

—¡Venganza! gritaron con furor todas las bocas.

—Guerreros avipones, continuó la niña, ¿dejareis sin castigo este sangriento ultraje hecho á una doncella de vuestra tribu?

—¡Nol ¡Nol ¡Venganza! ¡Que mueran los blancos! vociferó la asamblea.

El anciano jefe hizo una señal, y cuando se restableció el silencio, se dirigió á Cora.

—Virgen de los bosques, la dijo, los guerreros avipones no pueden dejar sin venganza el ultraje que en tu cabeza han inferido los blancos á nuestra noble tribu; los guerreros avipones, que guardan en su memoria el recuerdo de las virtudes y del valor de tu padre, quieren vengar á la hija de su antiguo jefe, y la vengarán. ¿Quiénes son los blancos que han ultrajado á la virgen de los bosques?

Cora pronunció el nombre de don Gonzalo.

Los guerreros avipones deliberaron rápidamente, y al fin, el jefe volvió á dirigirse á Cora.

—La virgen de los bosques, dijo, puede retirarse tranquila: los guerreros de su tribu se hacen cargo de su venganza

y castigarán á fuego y sangre el ultraje hecho á la tribu.  
¿Está satisfecha la vírgen de los bosques?

Cora y su hermano hicieron presente su gratitud á la  
asamblea, y seguidos de su madre se retiraron á su choza.  
La reunion se disolvió, y la toldería volvió á tomar su or-  
dinario aspecto.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE  
N.º 1.111  
CAPITULO XIII  
LA VENGANZA DE CORA

CAPITULO XII

LA VENGANZA DE CORA.

Se habia puesto el sol y las primeras sombras de la noche  
comenzaban á tendense sobre la tierra.

En la toldería de los indios avipones reinaba una desusa-  
da agitacion; los guerreros entraban y salian en las chozas,  
reunian sus caballos, blandian sus largas lanzas; todo anun-  
ciaba que se preparaban para una expedicion de guerra.

Al fin montaron á caballo y salieron de la toldería.

Iban completamente desnudos, á excepcion del pedazo de  
tela que ceñia sus caderas, y en sus pechos y en su semblan-  
te se veian pinturas horribles, que les daban un aspecto  
infernál.

Eran quinientos, é iban armados con sus largas lanzas,  
sus mazas y sus cuchillos.

A su frente caminaba el anciano jefe de la tribu, á cuyo  
lado iba una mujer, ó por mejor decir, una niña.

Era Cora.